

NORA ROBERTS BAJO SEUDÓNIMO

J.D. ROBB

DIVINA ANTE LA MUERTE



Divina ante la muerte

J. D. Robb

Traducción de Lola Romaní



Título original: *Glory in Death*
Copyright © 1995 by Nora Roberts

Ésta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

Este título ha sido editado por Berkley Books, editorial dentro de The Berkley Publishing Group, una división de Penguin Putnam Inc.

Primera edición: noviembre de 2009

© de la traducción: Lola Romaní
© de esta edición: Libros del Atril, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17. Pral. 1.^a
08003 Barcelona
correo@terciopelo.net
www.terciopelo.net

Diseño de la colección: © Damià Mathews
Imagen de portada: © imasd
Fotografía de portada: © Getty Images

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-96575-98-1
Depósito legal: M. 40.500-2009

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Capítulo uno

Los muertos eran su negocio. Vivía con ellos, trabajaba con ellos, los estudiaba. Soñaba con ellos. Y, como parecía que eso no era suficiente, en algún lugar profundo y secreto de su corazón, lloraba por ellos.

Una década de trabajar como policía la había endurecido, le había otorgado una mirada fría, clínica y, a menudo, cínica hacia la muerte y hacia sus muchas causas. Ante esa mirada, las escenas como la de esa noche, una noche lluviosa en una calle asquerosa y llena de basura, resultaban demasiado habituales. A pesar de todo, la conmovían.

La muerte ya no la impresionaba, pero continuaba resultándole repulsiva.

Esa mujer había sido hermosa. El pelo, largo y dorado, se expandía en mechones como rayos de sol sobre la suciedad de la acera. Los ojos, muy abiertos y todavía con esa angustiada expresión que la muerte les confería a veces, eran de un profundo color púrpura y destacaban contra las mejillas, pálidas y mojadas por la lluvia.

Llevaba un traje chaqueta caro, del mismo color de sus ojos. La chaqueta se encontraba perfectamente abrochada, a diferencia de la falda, que estaba levantada y mostraba unos muslos esbeltos. Las joyas brillaban en sus dedos, en las orejas y sobre la elegante solapa de la chaqueta. Al lado de la mano había un bolso de piel con cierre dorado.

La garganta presentaba un corte horroroso.

La teniente Eve Dallas se agachó al lado de la muerta y la estudió con cuidado. La escena y el olor eran familiares, pero siempre, cada vez, había algo nuevo. Tanto la víctima como el asesino otorgaban a la escena su propia huella, su estilo, y hacían que un asesinato fuera algo muy personal.

La escena del crimen ya había sido grabada. Los sensores policiales y la pantalla de privacidad habían sido colocados para mantener a los curiosos a distancia y para proteger la escena del crimen. El tráfico de la calle había sido desviado. El tráfico aéreo era escaso a esa hora de la noche y casi no provocaba ninguna molestia. El aire vibraba con los graves de la música procedente de los prostíbulos del otro lado de la calle y, de vez en cuando, se oían las exclamaciones del público. Los neones giratorios proyectaban sus luces de colores sobre la pantalla y el cuerpo de la víctima.

Eve hubiera podido ordenar que los cerraran esa noche, pero le pareció una molestia innecesaria. Incluso en 2058, con la prohibición de armas, y aunque las pruebas genéticas a menudo conseguían eliminar los rasgos hereditarios más violentos antes de que pudieran ver la luz, el asesinato era algo que sucedía a menudo. Lo suficientemente a menudo como para que los clientes se hubieran molestado al ser echados por una inconveniencia menor como lo era la muerte.

Un agente de uniforme continuaba grabando el vídeo y el audio. Al lado de la pantalla, un par de examinadores forenses se apretaban el uno contra el otro bajo la lluvia y charlaban de deportes. Todavía no se habían tomado la molestia de echar un vistazo al cuerpo, todavía no habían realizado el reconocimiento.

¿Era peor cuando uno conocía a la víctima?, se preguntó Eve con un sentimiento de dureza en el corazón mientras observaba la sangre lavada por la lluvia.

Ella solamente había tenido una relación profesional con la abogada fiscal Cecily Towers, pero la había conocido lo su-

ficiente para formarse una excelente opinión de esa fuerte mujer. Una mujer con éxito, pensó Eve, una luchadora, una mujer que había perseguido la justicia con tenacidad.

¿La había estado persiguiendo allí también, en ese miserable vecindario?

Con un suspiro, Eve alargó la mano y abrió el elegante y caro bolso para confirmar su reconocimiento visual.

—Cicely Towers —dijo hacia la grabadora—. Hembra, edad, cuarenta y cinco, divorciada. Reside en la Ochenta y tres, en el número 2132 Este, en el apartamento 61-B. No ha sido un robo. La víctima todavía lleva las joyas. Aproximadamente... —Miró en el monedero—. Veinte en billetes, cincuenta vales de crédito, seis tarjetas de crédito. No hay signos evidentes ni de lucha ni de agresión sexual.

Miró de nuevo a la mujer tumbada en la acera.

«¿Qué diablos estabas haciendo aquí, Towers? —se preguntó—. ¿Aquí, lejos del centro, lejos de tu casa, de tu vecindario elegante?»

«Además, vestida de trabajo», pensó. Eve conocía el severo estilo de vestir de Cicely Towers y lo admiraba, tanto en los tribunales como en el ayuntamiento. Los colores fuertes —siempre preparada para posar ante una cámara—, los accesorios a juego, y siempre algún toque femenino.

Eve se levantó y se frotó los tejanos mojados a la altura de las rodillas.

—Homicidio —dijo—. Metedla en la bolsa.

A Eve no le sorprendió que los medios de comunicación hubieran oído el asesinato y de que ya lo estuvieran persiguiendo antes de que ella hubiera podido llegar al brillante edificio donde Cecily Towers había vivido. Unas cuantas cámaras y unos cuantos periodistas ansiosos habían acampado en las limpias aceras. El hecho de que fueran las tres de la

madrugada y de que estuviera lloviendo a cántaros no les amedrentaba. Eve percibió el brillo depredador en sus ojos. La historia era la presa y la audiencia, el trofeo.

Eve no hizo caso de las cámaras que apuntaron en su dirección ni de las preguntas que le lanzaron como dardos. Ya estaba acostumbrada a no ser alguien anónimo. El caso que había investigado y resuelto durante el invierno pasado la había puesto ante la mirada del público. Fue el caso, pensó mientras dirigía una mirada fría a uno de los reporteros que se atrevió a bloquearle el paso, y su relación con Roarke. El caso había sido uno de asesinatos. Y una muerte violenta, por excitante que resultara, pronto dejaba de ser de interés.

Pero Roarke siempre era noticia.

—¿Qué tiene, teniente? ¿Tiene algún sospechoso? ¿Existe algún motivo del crimen? ¿Puede usted confirmar que la abogada fiscal Towers ha sido decapitada?

Eve aminoró un poco su paso acelerado y recorrió con la mirada al grupo de periodistas de mirada ávida empapados por la lluvia. Ella estaba mojada, cansada y asqueada, pero era cuidadosa. Sabía que si dejaba que los medios de comunicación supieran algo acerca de uno, ese algo era presionado, retorcido y exprimido.

—El departamento no tiene ningún comentario que hacer en este momento excepto que la investigación acerca de la muerte de la abogada fiscal Towers se está llevando a cabo.

—¿Está usted al frente de ella?

—Soy la responsable —respondió, escueta e, inmediatamente, pasó entre los dos agentes de uniforme que guardaban la entrada del edificio.

El vestíbulo se encontraba repleto de flores: largos bancos y cascadas de fragantes y coloridas flores que evocaban la primavera de algún lugar exótico, como la isla donde había pasado esos tres maravillosos días con Roarke mientras se recuperaba del cansancio y de una herida de bala.

No tuvo tiempo de sonreír ante ese recuerdo, tal y como habría hecho en otras circunstancias. Mostró su placa y atravesó el pavimento de terracota hasta el primero de los ascensores.

Dentro del edificio había más agentes uniformados. Dos de ellos se encontraban detrás del mostrador del vestíbulo y manejaban el sistema de seguridad informatizado. Otros vigilaban la entrada y unos cuantos estaban de pie al lado de los ascensores. Había más recursos humanos de los que eran necesarios, pero Towers, como abogada fiscal, era uno de los suyos.

—¿Está vigilado su apartamento? —preguntó Eve al policía más cercano.

—Sí, señor. Nadie ha entrado ni ha salido desde que llamó usted a las dos y diez.

—Quiero copias de los discos ópticos de seguridad. —Entró en el ascensor—. De las últimas veinticuatro horas, para empezar. —Echó un vistazo a la placa con el nombre que mostraba el uniforme—. Quiero un informe de los seis, puerta a puerta, a partir de las siete en punto, Biggs. Piso 61 —ordenó, y las puertas del ascensor se cerraron en silencio.

Salió al silencioso, tranquilo y lujosamente alfombrado, descansillo del piso 61. Los pasillos eran estrechos, como acostumbraban a ser en la mayoría de edificios de multiapartamentos que se habían edificado durante los últimos cincuenta años. Las paredes eran de un impecable color blanco cremoso y tenían espejos a intervalos para dar la impresión de más espacio.

El espacio no era un problema dentro de los apartamentos, pensó Eve. Sólo había tres en todo el piso. Decodificó el sistema de entrada de la puerta 61-B con su tarjeta maestra y entró en el elegante y silencioso habitáculo.

Cicely Towers se lo había montado bien, decidió Eve. Y le gustaba vivir bien. Mientras sacaba su cámara de vídeo de bolsillo del equipo de campo y se lo ajustaba en la chaqueta, observó la zona del salón. Reconoció dos pinturas de un impor-

tante artista del siglo XXI en una de las paredes pintadas en un pálido tono rosa, colgados encima de una zona de conversación en forma de «U» que mostraba unas bandas de colores mutantes rosas y verdes. Fue la relación con Roarke lo que le permitía en esos momentos reconocer las pinturas y los sencillos signos de riqueza en la decoración y en las piezas de mobiliario.

«¿A cuánto ascienden los ingresos de un abogado fiscal al año?», se preguntó mientras la cámara grababa el espacio.

Todo tenía un aspecto pulcro, meticulosamente tratado incluso. Pero, por lo que sabía de Towers, ésta era una mujer meticulosa. Tanto en el vestir, en el trabajo y en cómo preservaba su intimidad.

Entonces, ¿qué estaba haciendo una mujer inteligente, elegante y meticulosa en un horrible vecindario en medio de una noche terrible?

Eve atravesó la habitación. El suelo era de madera blanca y brillaba como un espejo debajo de unas hermosas alfombras que hacían juego con los colores dominantes de la habitación. Encima de una mesa había unos hologramas enmarcados de unos niños de distintas edades, desde bebés hasta de la edad del instituto. Un niño y una niña, ambos guapos y lustrosos.

Extraño, pensó Eve. Había trabajado con Towers en innumerables casos durante los últimos años. ¿Sabía que esa mujer tenía hijos? Meneando la cabeza, se dirigió hacia el pequeño ordenador que se encontraba en la elegante estación de trabajo, en una esquina de la habitación. De nuevo, utilizó la tarjeta maestra para encenderlo.

—Listado de citas de Cicely Towers, 2 de mayo. —Eve apretó los labios mientras leía la información. Había una cita en un club de salud privado antes de un día entero dedicado a los tribunales, a una merienda con un importante abogado defensor y a una cita para la cena. Eve arqueó una ceja. Cena con George Hammett.

Roarke tenía tratos con Hammett, recordó Eve. Ella le

había visto un par de veces y sabía que era un hombre encantador y astuto que mantenía su exorbitante nivel de vida gracias a los transportes.

Y Hammett era la última cita del día de Cicely Towers.

—Imprimir —murmuró, y guardó la impresión en el bolso.

Luego inspeccionó el TeleLink. Pidió todas las llamadas de entrada y de salida de las últimas cuarenta y ocho horas. Era probable que tuviera que buscar más a fondo, pero de momento ordenó una grabación de las llamadas, guardó el disco y empezó un cuidadoso registro del apartamento.

A las cinco de la madrugada tenía dolor de cabeza y le picaban los ojos. Empezaba a notar el cansancio después de haber dormido solamente una hora entre el sexo y el asesinato.

—Según la información conocida —dijo con cansancio para la grabadora— la víctima vivía sola. No hay indicios, a partir de la investigación inicial, de lo contrario. Tampoco hay indicios de que la víctima no abandonara el apartamento voluntariamente ni ningún registro de ninguna cita que pueda explicar por qué la víctima se dirigió al lugar del crimen. La oficial responsable ha protegido los datos del ordenador y del TeleLink para una próxima investigación. El interrogatorio puerta a puerta va a llevarse a cabo a las siete de la mañana y los discos ópticos de seguridad del edificio serán confiscados. La oficial responsable va a abandonar la residencia de la víctima y va a ponerse en camino hacia la oficina de la víctima en el ayuntamiento. Teniente Dallas, Eve. 05:08.

Eve desconectó el audio y el vídeo, cerró su equipo de campo y salió del apartamento.

Eran más de las diez cuando llegó a la central de policía. En honor a su estómago vacío, pasó por el bar y se sintió decepcionada, aunque no sorprendida, al ver que todo lo que

valía la pena ya se había terminado a esa hora. Escogió un bollo de soja y lo que pasaba por ser café. A pesar de lo malo que era, lo engulló todo antes de ir a su oficina.

Acababa de llegar cuando su TeleLink sonó.

—Teniente.

Eve reprimió un suspiro mientras miraba el rostro ancho y de mirada triste de Whitney.

—Comandante.

—En mi oficina. Ahora.

La imagen se apagó antes de que ella hubiera tenido tiempo de cerrar la boca.

«A la mierda», pensó. Se frotó el rostro con ambas manos y luego se las pasó por el corto pelo castaño. No tenía tiempo de mirar los mensajes, ni de llamar a Roarke para hacerle saber en qué andaba, ni de hacer la cabezada de diez minutos con la que había soñado todo el rato.

Se levantó y se despezó. Se quitó la chaqueta. La piel había protegido la camisa, pero los tejanos estaban empapados todavía. Paciente, no hizo caso de la incomodidad y reunió la poca información que había obtenido. Si tenía suerte, quizá pudiera tomarse otra taza de café en la oficina del comandante.

Sólo le hicieron falta diez segundos para darse cuenta de que el café tendría que esperar.

Whitney no estaba sentado en su escritorio, como era su costumbre. Se encontraba de pie, de cara al ventanal que le ofrecía unas espléndidas vistas de esa ciudad a la que él había protegido y servido durante más de treinta años. Tenía las manos juntas a la espalda y los nudillos blancos traicionaban esa postura de aparente relajación.

Eve observó un momento esos anchos hombros, el grisáceo pelo canoso, la espalda de ese hombre que hacía sólo unos meses había desafiado la autoridad de la oficina del jefe de la policía.

—Comandante. Ha dejado de llover.

Eve entrecerró los ojos un momento, antes de contestar, inexpresiva:

—Sí, señor.

—En general, es una buena ciudad, Dallas. Eso es algo que resulta fácil de olvidar desde aquí arriba pero, en general, es una buena ciudad. Ahora mismo hago un esfuerzo por recordarlo.

Eve no dijo nada. No tenía nada que decir. Esperó.

—La he designado responsable del caso. Técnicamente, Deblinsky tenía que serlo, así que quiero saber si hace algún comentario.

—Deblinsky es una buena policía.

—Sí, lo es. Usted es mejor.

Eve se sorprendió, aliviada de que él todavía se encontrara de espaldas y no se hubiera dado cuenta.

—Le agradezco la confianza, comandante.

—Se la ha ganado. Me he saltado el procedimiento habitual para colocarla a usted al mando por una cuestión personal. Necesito al mejor, a alguien que llegue hasta una pared y la salte.

—La mayoría de nosotros conocía a la abogada fiscal Towers, comandante. No hay ningún policía en Nueva York que no llegara a una pared y no la salvara para averiguar quién la mató.

Él suspiró. Dejó que una profunda inhalación le recorriera todo el cuerpo antes de darse la vuelta. Durante unos momentos no dijo nada. Se limitó a observar a la mujer a quien había colocado al frente de la investigación. Era delgada, de una forma engañosa, pero, porque sabía que tenía ese cuerpo delgado y esbelto tenía más fuerza de la que aparentaba.

Ahora se la veía un tanto fatigada. Tenía unas oscuras ojeras bajo esos ojos del color del whisky y el rostro pálido. Pero no podía dejar que eso le preocupara. No en esos momentos.

—Cicely Towers era una amiga personal, una amiga muy cercana.

—Entiendo. —Eve se preguntó si de verdad lo entendía—. Lo siento, comandante.

—La conocía desde hacía muchos años. Empezamos juntos: un testarudo poli y una abogada criminalista. Mi esposa y yo somos los padrinos de su hijo. —Hizo una pausa durante la cual pareció esforzarse por mantener el control—. He notificado la muerte a los hijos. Mi esposa va a ir a verles. Se quedarán con nosotros hasta después de la ceremonia. Se aclaró la garganta y apretó los labios.

—Cicely era una de mis amigas más antiguas y, más allá de mi respeto y admiración profesional por ella, yo la quería mucho. Mi esposa esta desconsolada por lo que ha sucedido; los hijos de Cicely están destrozados. Lo único que fui capaz de decirles es que haría todo lo que estuviera en mi poder para encontrar a la persona que le hizo eso, para darle a ella aquello por lo que ella luchó durante la mayor parte de su vida: justicia.

Entonces sí se sentó, no con gesto de autoridad sino con gesto de cansancio.

—Voy a decirle una cosa, Dallas, para que pueda usted saberlo de entrada: no soy objetivo en este asunto. En absoluto. Y porque no lo soy, dependo de usted.

—Aprecio su franqueza, comandante. —Eve dudó sólo un instante—. Al ser usted amigo personal de la víctima, será necesario hacerle unas preguntas tan pronto como sea posible. —Eve observó que los ojos de él brillaban y mostraban una expresión dura—. También a su esposa, comandante. Si resulta más cómodo, puedo llevar a cabo las entrevistas en su casa en lugar de aquí.

—Entiendo. —Volvió a inhalar—. Por eso es usted la agente responsable, Dallas. No hay muchos policías que tengan el valor de ir directos al tema. Le agradecería que espe-

rara a mañana, quizá incluso un día o dos más para ver a mi mujer, y que la vea en casa. Yo lo arreglaré.

—Sí, señor.

—¿Qué ha averiguado por el momento?

—Realicé un reconocimiento de la residencia de la víctima y de su oficina. Tengo los archivos de los casos en los que estaba trabajando y de los que cerró durante los últimos cinco años. Necesito contrastar nombres para ver si alguien a quien hubiera condenado ha sido liberado recientemente, a sus familias y a sus socios. Especialmente a los violentos. Su promedio era bastante alto.

—Cicely era una tigresa en los tribunales, y nunca la vi perder un detalle. Hasta ahora.

—¿Por qué estaba allí, comandante, en medio de la noche? La autopsia preliminar establece la hora de la muerte a la 01:16. Es un vecindario difícil: extorsiones, asaltos, casas de citas. Hay un conocido foco de venta de medicamentos a un par de edificios de donde fue encontrada.

—No lo sé. Era una mujer prudente, pero también era... arrogante. —Sonrió un poco—. De una forma que resultaba admirable. Se enfrentaba directamente a lo peor que esta ciudad pueda ofrecer. Pero, ponerse a sí misma en peligro de forma deliberada... no lo sé.

—Ella estaba trabajando en un caso, Fluentes. Estrangulación de una amiga íntima. Su abogado está utilizando la pasión como línea de defensa, pero se dice que Towers iba a enviarle a prisión a pesar de todo. Lo estoy comprobando.

—¿Está ese tipo en la calle o en prisión?

—En la calle. Primer asalto violento, la fianza era increíblemente baja. Siendo un asesinato, se le obligó a llevar una pulsera de localización, pero eso no significa nada si ese tipo tiene un mínimo conocimiento informático. ¿Se podría haber ido a encontrar con él?

—No, en absoluto. Eso hubiera significado arruinar su

caso, el encontrarse con un defensor fuera de los tribunales. —Whitney meneó la cabeza al recordar a Cicely—: Ella nunca se habría arriesgado a eso. Pero él hubiera podido utilizar otros medios para llevarla hasta allí.

—Tal como le he dicho, lo estoy comprobando. Ella tenía una cita para cenar con George Hammett. ¿Le conoce?

—De algún encuentro social. Ellos se veían de vez en cuando. Nada serio, según mi esposa. Ella siempre intentaba encontrar al hombre perfecto para Cicely.

—Comandante, es mejor que se lo pregunte ahora, extraoficialmente. ¿Tenía usted un vínculo sexual con la víctima?

Su mejilla acusó un tic nervioso, pero la expresión de los ojos se mantuvo ecuánime.

—No, no lo tenía. Teníamos una amistad, y esa amistad era muy valiosa. En esencia, era como de la familia. Usted no entiende qué es la familia, Dallas.

—No. —Su tono fue inexpresivo—. Supongo que no.

—Siento que sea así. —Entrecerró los ojos y se frotó el rostro con las manos—. Eso no era necesario y ha sido injusto. Y su pregunta ha sido relevante. —Bajó las manos—. Usted no ha perdido a nadie cercano, ¿no es así, Dallas?

—No que yo recuerde.

—Es algo que le deja a uno hecho añicos —murmuró él.

Ella suponía que así era. Durante los diez años que hacía que conocía a Whitney, le había visto furioso, impaciente e incluso frío y cruel. Pero nunca le había visto destrozado.

Si estar cerca de alguien y perderle, tenía ese efecto en un hombre fuerte como él, Eve pensó que era mejor estar como estaba ella. Ella no tenía familiares a quienes perder, y sólo tenía unos vagos recuerdos de la infancia. Su vida, tal y como era, había empezado cuando ella tenía ocho años y la habían encontrado después de haber sido maltratada y abandonada en Texas. Lo que hubiera pasado antes de ese día no importaba. Se decía a sí misma constantemente que no im-

portaba. Ella se había hecho tal y como era. Como amigos, tenía a unos pocos por quienes preocuparse y en quienes confiar. Y, en cuanto a algo más que una amistad, tenía a Roarke. Él se la había ido ganando progresivamente. Hasta un punto que a veces se sentía asustada porque sabía que él no se sentiría satisfecho hasta que hubiera obtenido todo de ella.

Si ella se lo daba todo y luego le perdía, ¿acabaría hecha añicos?

En lugar de seguir pensando en ello, Eve se sirvió un poco de café y comió el resto de una barrita dulce que encontró en su escritorio. La idea de ir a comer era una fantasía en ese momento, igual que lo sería el pasar una semana en el trópico. Sorbió y masticó mientras estudiaba el informe final de la autopsia en el monitor.

La hora de la muerte seguía siendo la misma que la del informe preliminar. La causa, un corte en la yugular y la consecuente pérdida de sangre y oxígeno. La víctima había tomado una comida a base de vieiras y ensalada, vino, café de verdad y fruta fresca con nata. La ingestión se estimaba a unas cinco horas antes de la muerte.

Habían recibido el aviso muy pronto. Cicely Towers llevaba solamente diez minutos muerta cuando un taxista, suficientemente valiente o desesperado para trabajar en ese vecindario, la vio y dio el aviso. La primera unidad de policía llegó allí al cabo de tan sólo tres minutos.

El asesino se había movido con rapidez, pensó Eve. Pero era fácil esconderse en un vecindario como ése, meterse en un coche, en cualquier edificio, en un club. Seguramente habría habido sangre: habría manado a borbotones de la yugular. Pero la lluvia habría ayudado, la debía de haber lavado de las manos del asesino.

Tendría que repasar todo el vecindario, hacer preguntas que difícilmente obtendrían alguna respuesta. Pero, a menudo, el soborno era más eficaz que la actitud o las amenazas.

Eve estaba observando la foto de Cicely Towers, que mostraba el collar de sangre, cuando el TeleLink sonó.

—Dallas. Homicidios.

Un rostro joven, lustroso y limpio apareció en la pantalla.

—Teniente. ¿Qué me dice?

Eve no soltó ningún juramento, aunque lo estaba deseando. La opinión que tenía de los periodistas no era especialmente buena, pero C. J. Morse se encontraba en el lugar más bajo de la lista.

—No creo que quiera oír lo que tengo que decirle, Morse. El rostro redondo quedó dividido por una sonrisa.

—Venga, Dallas, el derecho público a la información. ¿Recuerda?

—No tengo nada para usted.

—¿Nada? ¿Quiere que empiece la emisión diciendo que la teniente Eve Dallas, la mejor de entre los mejores de Nueva York, tiene las manos vacías en la investigación del asesinato de una de las figuras más respetadas, importantes y conocidas de Nueva York? Bueno, puedo hacer eso, Dallas —añadió, con un chasquido de la lengua—. Puedo hacerlo, pero no sería bueno para usted.

—¿Y cree que me importa? —Le dirigió una sonrisa afilada y breve como un láser mientras levantaba el índice para desconectar—. Pues cree mal.

—Quizá no le importe a usted personalmente, pero tendría eco en el departamento. —Batió un momento sus femeninas pestañas—. En el comandante Whitney, por haber tirado de los hilos para que usted fuera la investigadora responsable. Y también tendría sus consecuencias para Roarke.

Ella apartó el índice.

—El asesinato de Cicely Towers es una prioridad en el departamento, para el comandante Whitney y para mí.

—La citaré literalmente.

«Jodido bastardo.»

—Y mi trabajo en el departamento no tiene nada que ver con Roarke.

—Eh, morena, cualquier cosa que tenga que ver con usted, tiene que ver con Roarke. Y al revés. Y sabe que el hecho de que su hombre tuviera negocios con la recientemente fallecida, su ex marido y su actual acompañante ofrece un paquete muy atractivo.

Eve apretó los puños, frustrada.

—Roarke tiene muchos negocios con mucha gente. No sabía que hubiera vuelto a los chismorreos, C. J.

Eso borró la aduladora sonrisa de su rostro. No había nada que C. J. odiara más que el que le recordaran sus principios en las noticias de sociedad. Especialmente ahora que se había abierto paso hasta las noticias criminales.

—Tengo contactos, Dallas.

—Sí, también tiene usted un grano en medio de la frente. Yo en su lugar me lo cuidaría.

Con ese comentario tonto, Eve cortó la transmisión satisfecha.

Se levantó y recorrió el pequeño cuadrado de su oficina. Se puso las manos en los bolsillos. Se las volvió a sacar. Mierda, ¿por qué tenía que aparecer el nombre de Roarke conectado con el caso? ¿Hasta qué punto llegaban sus negocios con Towers y con sus asociados?

Eve se dejó caer en la silla otra vez y frunció el ceño mientras leía los informes que tenía sobre la mesa. Tendría que averiguar todo eso, y pronto.

Por lo menos, esta vez, con este asesinato, sabía que él tenía una coartada. En el momento en que a Cicely Towers le cortaban la garganta, Roarke había estado follando como un loco con la investigadora responsable.

Capítulo dos

*E*ve hubiera preferido volver al apartamento que todavía mantenía a pesar de que pasaba la mayoría de las noches en casa de Roarke. En su apartamento habría podido pensar, meditar, dormir y repasar el último día de vida de Cicely Towers. En lugar de eso, se dirigió a casa de Roarke.

Estaba muy cansada así que abandonó la conducción y dejó que el programa manejara el coche por entre el tráfico de última hora. Decidió que lo primero que necesitaba era comer. Y si podía dedicar diez minutos a aclararse la mente, mucho mejor.

La primavera, encantadora, había decidido hacer su aparición y empezar con sus juegos. Estuvo tentada de abrir las ventanas e ignorar los sonidos de la aglomeración de tráfico, el ronroneo de los maxibuses, el ruido de los transeúntes, el zumbido del tráfico aéreo.

Viró en dirección a la Décima para esquivar los gritos de los guías que llegaban desde los globos turísticos. Atravesar el centro y pasar por el parque hubiera sido más rápido, pero hubiera tenido que soportar el monótono discurso acerca de los atractivos de Nueva York, de la historia y la tradición de Broadway, de la calidad de los museos y de la variedad de las tiendas.

La ruta del globo turístico pasaba por su casa, así que Eve había escuchado ese discurso cientos de veces. No tenía ningún interés en volver a escuchar las ventajas de los paseos

aéreos que conectan a la Quinta con Madison ni del nuevo paseo aéreo hasta el Empire State.

Un breve embotellamiento en la Cincuenta y dos la hizo detenerse ante una valla desde la cual un impresionante hombre y una impresionante mujer intercambiaban un apasionado beso endulzado, según aseguraban cada vez que se separaban para respirar, por el refrescante para el aliento Cascada de la Montaña.

Los vehículos se apiñaban los unos al lado de los otros y un par de taxistas se gritaban imaginativos insultos el uno al otro. Un maxibus repleto de pasajeros hizo sonar el claxon con insistencia, añadiendo un punzante agudo que hacía menear la cabeza y cerrar los puños a los transeúntes de las aceras y los pasajes.

Un aerodeslizador de tráfico pasó rasante y emitió la orden habitual de que circularan o se identificaran. El tráfico empezó a avanzar con lentitud, impregnado de ruido y enfado.

La ciudad cambiaba desde el centro a la periferia. En ella, los ricos y los privilegiados construían sus residencias. Las calles eran más amplias y más limpias, y estaban surcadas por el verde de los árboles en los parques y las plazas. Los vehículos emitían un zumbido sordo y los transeúntes vestían trajes cortados a medida y zapatos elegantes.

Eve pasó al lado de un paseador de perros que llevaba a unos cuantos perros cazadores con la elegancia de un robot bien entrenado.

Al llegar a las puertas del terreno de Roarke, dejó que el coche se deslizara suavemente en punto muerto mientras el programa la reconocía. Los árboles estaban floreciendo. Unos capullos blancos se alternaban con los rosas, contrastando de vez en cuando con unos profundos rojos y azules, todos ellos subrayados por una amplia alfombra de césped esmeralda.

La casa se elevaba contra un cielo de un azul profundo. Los cristales brillaban a la luz del sol poniente. La piedra se veía

enorme y gris. Hacía meses que Eve veía todo eso, pero todavía no se había acostumbrado a la grandiosidad, a la suntuosidad y a la simplicidad de la riqueza. Todavía no había dejado de preguntarse qué estaba haciendo ella allí. Allí, con él.

Dejó el coche al pie de las escaleras de granito y las subió. No pensaba llamar. Era un tema de orgullo, y de desagrado. El mayordomo de Roarke la despreciaba y no se tomaba la molestia de disimularlo.

Tal y como esperaba, Summerset apareció en el vestíbulo como una nube de humo negro. El brillante pelo plateado enmarcaba una frente fruncida en señal de desagrado.

—Teniente. —La examinó con la mirada, haciéndole notar que todavía llevaba la misma ropa con las que se había marchado la última vez y que, ahora, se veía bastante arrugada—. No teníamos noticia de la hora de su regreso, ni, por supuesto, de si tenía usted intención de regresar.

—¿Ah, no? —Se encogió de hombros y, como sabía que eso le molestaba, se quitó la chaqueta de piel y la ofreció para que él la tomara con sus elegantes manos—. ¿Está Roarke en casa?

—Está ocupado en una transmisión interespacial.

—¿El Centro Olimpo?

Summerset frunció los labios, arrugados como ciruelas.

—No hago preguntas acerca de los asuntos de Roarke.

«Sabes exactamente qué está haciendo y cuándo lo está haciendo», pensó Eve mientras atravesaba el blanco y amplio vestíbulo en dirección a las escaleras.

—Voy arriba. Necesito un baño. —Giró la cabeza y le miró por encima del hombro—. Cuando haya terminado con la transmisión, puedes hacerle saber dónde estoy.

Subió a la suite principal. Igual que Roarke, pocas veces usaba los ascensores. En cuanto hubo cerrado la puerta detrás de ella empezó a desvestirse y dejó una hilera de botas, tejanos, camiseta y ropa interior a su paso hacia la bañera.

Ordenó que el agua estuviera a treinta y nueve grados y, en el último minuto, echó unas sales que Roarke le había traído de Silas Tres. Formaron una espuma de un verde marino que olía a bosque de hadas.

Se deslizó dentro de la enorme bañera de mármol y casi lloró al sentir el calor reconfortante en los huesos. Inspiró profundamente y se sumergió bajo el agua durante treinta segundos. Al emerger, lo hizo con un suspiro de placer sensual. Con los ojos cerrados, se dejó mecer en el agua.

Así la encontró él.

La mayoría de la gente hubiera creído que Eve estaba relajada. Pero, pensó Roarke, la mayoría de la gente no la conocía de verdad y, por supuesto, no la comprendían. Él se encontraba más cerca de su pensamiento y de su corazón de lo que nunca lo había estado nadie. Y a pesar de todo, había partes de ella en las que todavía debía penetrar.

Ella constituía, en todo momento, una experiencia instructiva y fascinante.

Eve estaba desnuda y sumergida en la vaporosa y burbujeante agua hasta la barbilla. Tenía el rostro enrojecido por el calor y los ojos cerrados. Pero no estaba relajada. Roarke percibía la tensión en la mano cerrada en un puño encima del canto de la bañera y en el ligero ceño fruncido entre las cejas.

No, Eve estaba pensando. Y estaba preocupada. Y estaba haciendo un plan. Entró en silencio, tal y como había aprendido a hacer en los callejones de Dublín y en los muelles de las apestosas calles de cualquier ciudad. Se sentó en el canto de la bañera y la observó. Eve no se movió en unos cuantos minutos. Roarke percibió el momento en que ella notó su presencia.

Sus ojos, de un marrón dorado, se abrieron claros y alertas y se fijaron en los azules de él. Como siempre, sólo el verle le produjo un sobresalto interior. Su rostro era como el de una

pintura, un óleo perfecto del rostro de un ángel caído. Siempre la sorprendía la belleza de ese rostro.

Eve arqueó una ceja e inclinó la cabeza.

—Pervertido.

—Es mi bañera. —Sin dejar de mirarla, llevó una de sus elegantes manos hasta las burbujas y la introdujo en el agua al lado de uno de sus pechos—. Vas a quemarte aquí dentro.

—Me gusta caliente. La necesito caliente.

—Has tenido un día difícil.

«Lo sabe», pensó ella, luchando por no irritarse por ello. Él lo sabía todo. Se limitó a encogerse de hombros y él se levantó y se dirigió al bar automático que sobresalía de los azulejos. Sirvió dos vasos de vino en cristal tallado.

Roarke volvió hasta la bañera y se sentó en el borde mientras le ofrecía un vaso.

—No has dormido. No has comido.

—Eso va con el paquete.

El vino sabía a oro líquido.

—A pesar de eso, me preocupas, teniente.

—Te preocupas con demasiada facilidad.

—Te amo.

Eve se sintió aturdida al oírle decir eso con ese encantador tono de voz teñido de un acento irlandés y saber que, de alguna forma y por increíble que fuera, era verdad. Como no tenía ninguna respuesta, tomó un sorbo de vino.

Él no dijo nada hasta que consiguió que se le pasara la irritación ante su falta de respuesta.

—¿Puedes decirme qué le ha pasado a Cicely Towers?

—La conocías —respondió Eve.

—No muy bien. La conocía de alguna reunión social y de unos negocios, más bien con su anterior marido. —Tomó un sorbo de vino y observó el vapor que se elevaba de la bañera—. La encontraba admirable, inteligente y peligrosa.

Eve se incorporó hasta que el agua descubrió el nacimiento de los pechos.

—¿Peligrosa? ¿Para ti?

—No directamente. —Sonrió ligeramente antes de llevarse el vaso a los labios—. Peligrosa para las prácticas ilegales, pequeñas o grandes, de los criminales. Se parecía mucho a ti en ese aspecto. Por suerte, me he corregido.

Eve no estaba del todo segura de eso, pero lo dejó pasar.

—¿Conoces, a través de tus amistades sociales y tus conocidos de trabajo, a alguien que hubiera querido que ella muriera?

Él dio otro trago, esta vez más largo.

—¿Es esto un interrogatorio, teniente?

Fue la risa que se percibía en su tono de voz lo que la irritó.

—Puede serlo —le respondió, escueta.

—Como quieras. —Se levantó, dejó el vaso a un lado y empezó a desabrocharse la camisa.

—¿Qué estás haciendo?

—Tirándome a la piscina, por decirlo de alguna forma. —Tiró la camisa a un lado y se desabrochó los pantalones—. Si voy a ser interrogado por una policía desnuda, en mi propia bañera, lo mínimo que puedo hacer es unirme a ella.

—Maldita sea, Roarke, eso es un crimen.

Él hizo una mueca de dolor al sentir que el agua le quemaba.

—Y que lo digas. —Se sentó de cara a ella—. ¿Qué es lo que tengo que te resulta tan perverso y te irrita de esa forma? ¿Y qué es —continuó antes de que ella pudiera responder— lo que tienes que tira de mí incluso ahora que estás ahí sentada con una placa invisible sobre tu encantador pecho?

Deslizó una mano por debajo del agua y le acarició el tobillo y la pantorrilla hasta el punto de detrás de la rodilla que a ella tanto le gustaba.

—Te deseo —murmuró—. Ahora.

Eve se había quedado sin fuerza en las manos a pesar de que todavía sostenía el vaso. Pero consiguió apartarse de él.

—Háblame de Cicely Towers.

Paciente, Roarke se apoyó hacia atrás. No tenía ninguna intención de dejarla salir de la bañera hasta haber acabado con ella, así que podía permitirse ser paciente.

—Ella, su anterior marido y George Hammett se encontraban en el cuadro directivo de una de mis empresas. Mercury, que lleva el nombre del dios de la velocidad. Importación-exportación, la mayor parte del negocio. Envíos, entregas, transportes rápidos.

—Sé lo que hace Mercury —dijo ella, intentando manejar el enfado que le producía el no haber sabido que ése, también, era otro de sus negocios.

—Cuando la compré, hace diez años, era una empresa mal organizada y que funcionaba mal. Marco Angelini, el ex de Cicely, invirtió, al igual que hizo ella. Todavía estaban casados en esa época, o justo acababan de divorciarse. Aparentemente, la finalización de su matrimonio fue amistosa, o tan amistosa como esas cosas pueden ser. Hammett también era uno de los inversores. No creo que tuviera ninguna relación íntima con Cicely hasta unos años después.

—¿Y este triángulo, Angelini, Towers, Hammett, también era amistoso?

—Eso parecía. —Con gesto despreocupado, dio unos golpecitos a uno de los azulejos hasta que se abrió y descubrió unos mandos ocultos. Programó una música dulce y tranquila—. Si te preocupa cómo acabó todo, se trataba de negocios, y fue un negocio exitoso al final.

—¿Qué parte de contrabando tiene Mercury?

Él sonrió.

—De verdad, teniente.

Ella se sentó con la espalda recta.

—No juegues conmigo, Roarke.

—Eve, es mi deseo más ferviente hacer justamente eso. Ella apretó la mandíbula y golpeó la mano que se deslizaba por su pierna.

—Cicely Towers tenía reputación de ser una fiscal con sentido común, entregada y honesta. Si hubiera descubierto que los movimientos de Mercury se salían de la ley, habría ido detrás de ti.

—Así que ella descubrió mi perfidia y yo hice que la atrayeran hasta ese peligroso vecindario y ordené que le cortaran la garganta. —La miraba directamente a los ojos con una expresión suave—. ¿Es eso lo que crees, teniente?

—No, mierda, ya sabes que no, pero...

—Es posible que otros sí lo crean —terminó él—. Lo cual te colocaría en una posición delicada.

—No estoy preocupada por eso. —En ese momento, sólo estaba preocupada por él—. Roarke, tengo que saberlo. Necesito que me digas si hay algo, cualquier cosa, que pueda relacionarte con esta investigación.

—¿Y si hay alguna cosa?

Ella sintió una ola de frío interno.

—Tendré que dejarla en manos de otra persona.

—¿No hemos pasado por esto antes?

—No es como en el caso de DeBlass. No se parece en nada. No eres un sospechoso. —Él arqueó una ceja y ella intentó con todas sus fuerzas que su voz sonara razonable en lugar de irritada. ¿Por qué todo lo que tenía que ver con Roarke era siempre tan complicado?—. No creo que tengas nada que ver con el asesinato de Cicely Towers. ¿Es eso suficiente?

—No has terminado el razonamiento.

—De acuerdo. Soy policía. Hay preguntas que debo hacer. Y tengo que hacértelas a ti o a cualquiera que esté remotamente conectado con la víctima. No puedo cambiar eso.

—¿Hasta qué punto confías en mí?

—No tiene nada que ver con la confianza en ti.

—Eso no responde la pregunta. —Sus ojos mostraron una expresión fría, distante, y ella supo que había dado un paso en la dirección equivocada—. Si no confías en mí ahora, si no crees en mí, no tenemos nada en común excepto un poco de sexo.

—Estás retorciendo todo esto. —Eve luchaba por mantener la calma porque la estaba asustando—. No te estoy acusando de nada. Si hubiera tomado este caso y no te conociera o no me preocupara por ti, te habría puesto en la lista de entrada. Pero te conozco, y no se trata de eso. Mierda.

Eve cerró los ojos y se frotó el rostro con ambas manos. Se sentía miserable por tener que darle explicaciones acerca de sus sentimientos.

—Intento obtener respuestas que te mantengan tan alejado de esto como sea posible, porque me preocupo. Y no puedo dejar de pensar de qué forma puedo utilizar tu conexión con Towers. Y con tus contactos, punto. Es difícil para mí hacer ambas cosas.

—No debería ser tan difícil simplemente pedirlo —murmuró él, meneando la cabeza—. Mercury es totalmente legal, ahora, porque no hay ninguna necesidad de lo contrario. Funciona bien, saca unos beneficios aceptables. Y aunque puedas pensar que soy lo suficientemente arrogante como para involucrarme en asuntos ilegales mientras tengo a una abogada fiscal en el cuadro ejecutivo, deberías saber que no soy tan estúpido para hacerlo.

Eve le creía, así que la tensión que tenía en el pecho empezó a ceder.

—De acuerdo. Todavía habrá más preguntas —le dijo—. Y los medios de comunicación ya han realizado la conexión.

—Lo sé. Lo siento. ¿Te lo están poniendo muy difícil?

—Ni siquiera han empezado. —En uno de esos raros momentos de demostración de afecto, ella tomó su mano y se la apretó—. Yo también lo siento. Parece que estamos en otro caso.

—Puedo ayudar. —Se inclinó hacia delante para llevar su mano hasta los labios de ella. Al ver que Eve sonreía, supo que, por fin, iba a relajarse—. No es necesario que me mantengas alejado de todo eso. Puedo manejarlo. Y no hay ninguna necesidad de que te sientas culpable o incómoda por pensar que puedo resultarte de utilidad en la investigación.

—Te lo haré saber cuando sepa de qué forma puedes serlo. —Esta vez se limitó a arquear una ceja al notar que la mano de él trepaba por su muslo—. Si vas a intentar eso aquí, necesitaremos el equipo de buceo.

Él se acercó a ella y el agua estuvo a punto de desbordarse.

—Bueno, creo que podremos apañarnos por nosotros mismos.

Y cubrió los labios sonrientes de ella con los suyos para demostrárselo.

Más tarde, esa noche, mientras ella dormía a su lado, Roarke permaneció tumbado observando las estrellas a través de la ventana del techo de la habitación. En esos momentos, su mirada delataba una preocupación que había ocultado antes. Sus destinos se habían encontrado personalmente y profesionalmente. Era el asesinato lo que les había hecho encontrarse y sería el asesinato lo que continuaría moviendo los hilos de sus vidas. La mujer que se encontraba a su lado defendía a los muertos.

«Igual que Cicely Towers había hecho muchas veces», pensó. Se preguntó si eso era lo que le había costado la vida.

Para él era importante no preocuparse demasiado, ni pensar demasiado, en cómo Eve se ganaba la vida. Su carrera la definía. Él sabía eso demasiado bien.

Ambos se habían hecho a sí mismos —se habían reconstruido a sí mismos— a partir de lo poco o nada que habían sido. Él era un hombre que compraba y vendía, que contro-

laba y que disfrutaba del poder que eso le otorgaba. Y del beneficio.

Pero sabía que había partes de sus negocios que le causarían problemas si su parte sombría salía a la luz. Era totalmente cierto que Mercury era legal, pero no era así en todo. Tenía otros negocios, otros intereses, que se movían en áreas más grises. Él había crecido en las zonas más oscuras de esas áreas grises, después de todo. Y se movía con habilidad en ellas.

El contrabando, tanto terrestre como interestelar, era un negocio rentable y entretenido. Los excelentes vinos de Taurus Cinco, los impresionantes diamantes azules de las minas de Refini, la preciosa porcelana transparente de la colonia artística de Marte.

Era verdad que ya no necesitaba infringir la ley para vivir, ni para vivir bien. Pero costaba abandonar los viejos hábitos.

Pero el problema seguía siendo el mismo. ¿Y si no hubiera convertido Mercury en un negocio legal? Lo que hasta entonces hubiera sido un divertimento inocente hubiera pasado como una losa en las espaldas de Eve.

A eso había que añadir el hecho de que, a pesar de lo que habían empezado a tener juntos, ella todavía no se sentía segura de él.

Eve murmuró algo y cambió de postura. Incluso en sueños, pensó él, dudaba antes de ponerse de cara a él. A él le estaba costando aceptar eso. Unos cambios serían necesarios, pronto, para ambos.

Por el momento, él se dedicaría a hacer aquello que podía manejar. Le resultaría muy fácil hacer unas cuantas llamadas y realizar unas cuantas preguntas acerca de Cicely Towers. Sería mucho menos sencillo hacer que todas esas áreas grises que le preocupaban pudieran salir a la luz.

Roarke bajó la mirada y la observó. Ella dormía bien. Tenía la mano abierta y relajada encima de la almohada. Sabía que, a veces, tenía pesadillas. Pero esa noche estaba tranqui-

la. Deseando que siguiera así, se deslizó fuera de la cama para empezar su trabajo.

Eve se despertó con el aroma del café. Auténtico y rico café molido procedente de la plantación que Roarke tenía en Sudamérica. Ese lujo, Eve debía admitir, había sido una de las primeras cosas a las que se había acostumbrado, y de las que dependía, cada vez que se quedaba en casa de Roarke.

Sonrió antes de abrir los ojos.

—Dios, el cielo no puede ser mejor que esto.

—Me alegro de que pienses eso.

Tenía los ojos borrosos, pero consiguió enfocar la vista en él. Roarke estaba completamente vestido y llevaba uno de esos trajes oscuros que le daban ese aspecto de hombre competente y peligroso. Se encontraba en el área de descanso de detrás de la plataforma de la cama, y parecía estar disfrutando del desayuno mientras leía rápidamente las noticias en el monitor.

El gato gris, al que ella había bautizado como *Galahad*, estaba tumbado como una oruga gorda sobre el brazo de la silla y observaba el plato de Roarke con ojos avariciosos.

—¿Qué hora es? —preguntó Eve.

El reloj que estaba al lado de la cama le dio la respuesta.

Las seis en punto.

—Dios, ¿cuánto hace que estás levantado?

—Bastante rato. No dijiste a qué hora tenías que entrar.

Eve se pasó las manos por la cara y por el pelo.

—Tengo un par de horas.

Eve era lenta por las mañanas. Se arrastró fuera de la cama y miró, dormida todavía, a su alrededor buscando algo de ropa que ponerse.

Roarke la observó un instante. Siempre le resultaba un placer observarla por la mañana, desnuda y con los ojos vi-

driosos. Hizo un gesto hacia la bata que el robot del dormitorio había recogido del suelo y colgado pulcramente la noche anterior. Eve se la puso. Estaba demasiado dormida para notar la sensación de extrañeza de la seda contra su piel.

Roarke le sirvió una taza de café y esperó a que ella se hubiera sentado y hubiera tomado un trago. El gato, pensando que su suerte iba a cambiar, se subió a su regazo. Eve gruñó al notar el peso del animal encima.

—Has dormido bien.

—Sí. —Bebió el café como si tomara un sorbo de aire. *Galahad* dio unas vueltas sobre su regazo y le clavó las uñas en los muslos—. Vuelvo a sentirme casi humana.

—¿Hambre?

Ella refunfuñó otra vez. Sabía que el personal de cocina eran unos artistas. Tomó una pasta con forma de cisne de la bandeja de plata y se la comió en tres entusiastas bocados. Cuando alargó la mano para tomar la jarra de café, ya tenía la mirada completamente despierta. Se sintió generosa y le regaló a *Galahad* la cabeza de uno de los cisnes.

—Siempre es un placer mirarte cuando te despiertas —comentó él—. Pero a veces me pregunto si sólo me quieres por el café.

—Bueno... —Ella sonrió y tomó otro sorbo—. También me gusta mucho la comida. Y el sexo no está mal.

—Ayer por la noche pareció que lo tolerabas bastante bien. Hoy tengo que ir a Australia. Es posible que no vuelva hasta mañana, o hasta pasado mañana.

—Oh.

—Me gustaría que te quedaras aquí mientras estoy fuera.

—Ya hemos hablado de eso. No me siento cómoda.

—Quizá te sentirías cómoda si lo consideraras tu casa tanto como la mía. Eve... —Le puso una mano encima de la de ella antes de que pudiera responderle nada—. ¿Cuándo vas a aceptar lo que siento por ti?

—Mira, es sólo que estoy más cómoda en mi apartamento cuando tú no estás. Y tengo muchísimo trabajo que hacer.

—No has contestado la pregunta —murmuró él—. No importa. Te avisaré cuando vuelva. —Ahora el tono de su voz era frío. Giró el monitor en dirección a ella—. Ya que hablamos de tu trabajo, quizá te interese saber lo que los medios de comunicación están diciendo.

Eve leyó el primer titular con resignación cansada. Con un gesto adusto en los labios, leyó todos los periódicos. Los titulares se parecían bastante. Una conocida fiscal de Nueva York, asesinada. La policía desconcertada. Había fotos, por supuesto, de Towers. De dentro de los tribunales, de fuera de los tribunales. Fotos de sus hijos. Comentarios y citas.

Eve gruñó al ver su propia imagen y al leer el titular que la anunciaba como responsable de la investigación.

—No va a salir nada bueno de esto —murmuró.

Había más cosas, naturalmente. Algunos periódicos habían publicado un resumen del caso que había cerrado el invierno anterior, relacionado con un importante senador de Estados Unidos y con tres prostitutas muertas. Tal y como era de esperar, su relación con Roarke se mencionaba en todas las ediciones.

—¿Qué coño importa quién soy o con quién estoy?

—Has salido a la luz pública, teniente. Ahora tu nombre vende.

—Soy una policía, no formo parte de la gente de sociedad. —Furiosa, se dirigió hacia una celosía que se encontraba en la pared del otro extremo de la habitación—. Abrir pantalla —ordenó—. Canal setenta y cinco.

La celosía se deslizó hacia arriba y descubrió una pantalla. El sonido del programa matutino invadió la habitación. Eve entrecerró los ojos, las mandíbulas apretadas.

—Ahí está esa comadreja de dientes largos y sin polla. Divertido, Roarke tomó un sorbo de café y observó a C. J.

Morse, que daba las noticias de las seis en punto. Roarke sabía que el desdén que Eve sentía por los medios de comunicación se había convertido en un desagrado absoluto durante los últimos dos meses. Ese disgusto había surgido por el simple hecho de que ahora tenía que tratar con ellos a cada paso de su vida profesional y personal. Pero, aunque no hubiera sido así, él no podía culparla por despreciar a Morse.

«Y así ha sido como una gran carrera ha resultado cercenada de forma cruel y violenta. Una mujer con convicciones, con dedicación e integridad ha sido asesinada en las calles de esta gran ciudad, abandonada hasta desangrarse bajo la lluvia. Cicely Towers no será olvidada, sino recordada como una mujer que luchó por la justicia en un mundo en que ésta es difícil. Ni siquiera la muerte podrá enterrar su legado.

»Pero, será su asesino llevado ante esa justicia por la que ella luchó durante toda su vida. El Departamento de Policía y Seguridad de Nueva York no ofrece ninguna esperanza. La investigadora responsable Eve Dallas, la joya del departamento, es incapaz de responder a esa pregunta.»

Eve soltó un gruñido al ver que su propia imagen llenaba toda la pantalla.

«Tras haber sido contactada por TeleLink, la teniente Dallas rehusó hacer ningún comentario acerca del asesinato ni del progreso de la investigación. No negó en ningún momento que se estuviera intentando encubrir algo en el proceso.»

—¿De qué va ese bastardo? No preguntó nada de ningún encubrimiento. ¿Encubrir qué? —Dio una palmada en el brazo de la silla y *Galahad* saltó en busca de un lugar más seguro—. No hace ni treinta horas que tengo este caso.

—Chist. —La hizo callar Roarke sin hacerle caso mientras ella caminaba, impaciente, por toda la habitación.

«... la larga lista de importantes nombres que están relacionados con la fiscal Towers, entre los cuales se cuenta el del comandante Whitney, el superior de Dallas. El coman-

dante ha rechazado recientemente la oferta del puesto como jefe de la Policía y la Seguridad. Antiguo amigo íntimo de la víctima...»

—¡Ya está! —Furiosa, Eve golpeó la pantalla con la mano—. Voy a cortar en pedazos a ese gusano. ¿Dónde demonios está Nadine Furst? Si tenemos que soportar a un periodista husmeando tras nuestro culo, por lo menos, ella tiene cabeza.

—Creo que se encuentra en la estación penal Omega, una historia sobre la reforma penitenciaria. Deberías plantearte hacer una rueda de prensa, Eve. La forma más sencilla de manejar un asunto caliente es echar un tronco bien escogido al fuego.

—A la mierda. ¿Qué ha sido ese programa, un reportaje o un editorial?

—No hay mucha diferencia desde que la revisión del proyecto de ley de los medios de comunicación se aprobó hace treinta años. Los periodistas tienen derecho a sazonar una historia con su opinión, siempre y cuando ésta sea expresada como tal.

—Conozco esa maldita ley. —Eve se dio la vuelta y la colorida y brillante bata ondeó entre sus piernas—. No va a salirse con la suya con esa historia de encubrimiento. Whitney dirige un departamento que está limpio. Yo dirijo una investigación limpia. Y tampoco va a conseguir utilizar tu nombre para enturbiarlo todo —continuó—. Eso es lo que se propone con ese noticiario. Eso es lo que hará a partir de ahora.

—No me preocupa, Eve. Tampoco debería preocuparte a ti.

—No me preocupa. Me cabrea. —Cerró los ojos e inspiró con fuerza para tranquilizarse. Despacio, muy despacio, empezó a sonreír con una expresión perversa—. Tengo la respuesta adecuada. —Abrió los ojos otra vez—. ¿Cómo crees que le sentaría a ese bastardo que yo contactara con Furst y le ofreciera una exclusiva?

Roarke dejó la taza a un lado.

—Ven aquí.

—¿Por qué?

—No importa. —Se levantó y se acercó a ella. Le tomó el rostro entre las manos y la besó con intensidad—. Estoy loco por ti.

—Supongo que eso significa que te parece una idea estupenda.

—Mi padre me enseñó una lección valiosa. «Chico —me decía con ese denso tono de borracho—, la única forma de luchar es luchar sucio. El único lugar donde hay que golpear es por debajo de la cintura.» Me da la sensación de que harás que Morse se lleve las manos a los huevos antes de que acabe el día.

—No, no podrá hacerlo. —Encantada consigo misma, Eve le devolvió el beso—. Porque se los habré arrancado.

Roarke fingió estremecerse.

—Las mujeres perversas son tan atractivas. ¿Dijiste que tenías un par de horas?

—Ya no.

—Me lo temía. —Se apartó y se sacó un disco del bolsillo—. Es posible que encuentres esto útil.

—¿Qué es?

—Alguna información que he reunido, sobre el ex de Towers, sobre Hammett. Archivos de Mercury.

Eve alargó una mano helada para tomar el disco.

—No te pedí que hicieras esto.

—No, no me lo pediste. Tú podrías haber accedido a todo esto, pero hubieras tardado más. Ya sabes que si necesitas mi equipo, está a tu disposición.

Eve comprendió que le hablaba de la habitación donde tenía un equipo no registrado que no podía ser detectado por la policía informática.

—De momento, prefiero utilizar los canales legales.

—Como quieras. Si cambias de idea mientras estoy fuera, Summerset está avisado para que te permita entrar.

—Summerset desea que yo entre en el infierno —murmuró.

—¿Perdón?

—Nada. Tengo que vestirme. —Se dio la vuelta y se detuvo—. Roarke, me estoy esforzando.

—¿En qué?

—En aceptar lo que parece que sientes por mí.

Él arqueó una ceja.

—Esfuézate más —sugirió.

Capítulo tres

*E*ve no perdía el tiempo. Lo primero que ordenó en cuanto entró en su oficina fue que contactaran con Nadine Furst. El TeleLink vibró y chasqueó al abrir el canal galáctico. Las manchas solares, un satélite, o simplemente la antigüedad del equipo hizo que la transmisión quedara en suspenso unos minutos. Finalmente, una imagen vaciló en la pantalla y, poco a poco, apareció enfocada.

Eve tuvo el placer de ver el rostro pálido y dormido de Nadine. No había pensado en la diferencia horaria.

—Dallas. —La voz habitualmente fluida de Nadine se oía débil y áspera—. Dios, es media noche aquí.

—Lo siento. ¿Estás despierta, Nadine?

—Lo suficiente para odiarte.

—¿Te han llegado noticias de la Tierra allá arriba?

—He estado un poco ocupada. —Nadine se apartó el pelo revuelto y alargó la mano para tomar un cigarrillo.

—¿Cuándo empezaste con esto?

Nadine hizo una mueca y dio la primera calada.

—Si los polis terrestres vinierais aquí alguna vez, daríais al tabaco una oportunidad. Incluso a esta mierda que se compra en este agujero de ratas. Y a todo lo que pudierais poner las manos encima. Es una jodida desgracia esto —dijo e inhaló más humo—. Tres personas en prisión, la mayoría acusadas de contrabando de químicos. Las instalaciones médicas parecen salidas del siglo xx. Todavía cosen a la gente con hilo.

—Y tienen unos privilegios de vídeo limitados —acabó Eve—. Me lo imagino. Tratan a los asesinos como si fueran criminales. Se me rompe el corazón.

—No es posible encontrar ni un plato decente en toda la colonia. ¿Qué diablos quieres?

—Hacerte sonreír, Nadine. ¿Cuándo habrás terminado con eso y estarás de vuelta en el planeta?

—Depende. —Mientras empezaba a despertarse del todo, notó que sus sentidos se afinaban—. Tienes algo para mí.

—La abogada fiscal Cicely Towers ha sido asesinada hace unas treinta horas. —Sin hacer caso de la exclamación de Nadine, Eve continuó rápidamente—: Le cortaron la garganta y encontraron su cuerpo en una acera de la Cien con la Cuarenta y cuatro, entre la Novena y la Décima.

—Towers. Dios mío. Tuve un encuentro con ella acerca del caso DeBlass hace dos meses. ¿La Cien con la Cuarenta y cuatro? —Su cerebro había empezado a funcionar—. ¿Un asalto?

—No. Todavía tenía las joyas y los bonos de crédito. Un asalto en ese vecindario no la hubiera dejado ni con los zapatos puestos.

—No. —Nadine cerró los ojos un momento.

—Mierda. Era una mujer impresionante. ¿Eres la responsable del caso?

—Desde el principio.

—De acuerdo. —Nadine dejó escapar una larga exhalación—. ¿Y por qué la responsable de lo que será el caso más importante del país ha contactado conmigo?

—Ya lo sabes, Nadine. Tu ilustre socio Morse está babeándome en el cuello.

—Hijo de puta —dijo Nadine mientras apagaba el cigarrillo con gestos rápidos y entrecortados—. Por eso no oí nada del tema. Me ha dejado incomunicada.

—Si juegas limpio conmigo, Nadine, yo juego limpio contigo.

Nadine entrecerró los ojos, pero las aletas de la nariz le temblaron.

—¿En exclusiva?

—Hablaemos de las condiciones cuando vuelvas. Que sea pronto.

—Estoy prácticamente de vuelta.

Eve sonrió ante la pantalla en negro. «Esto debería clavarsete en el culo, C. J.», dijo. Se apartó del escritorio tarareando. Tenía que ver a unas personas.

Hacia las nueve de la mañana, Eve estaba esperando de pie en el lujoso vestíbulo del apartamento de George Hammett situado en la zona alta. Sus gustos eran efectistas. Unas grandes baldosas carmesíes y blancas cubrían el suelo. Un tintineo de agua goteando sobre unas rocas llegaba desde el audio de un holograma que ocupaba una pared entera y que ofrecía una imagen del trópico. El largo y bajo sofá estaba cubierto por unos cojines plateados y brillantes que cedieron como carne sedosa bajo el tacto de su dedo.

Decidió que continuaría de pie.

Por toda la habitación había objetos de arte, colocados de forma estudiada. Una talla que representaba una torre de un antiguo castillo en ruinas, una máscara de un rostro femenino engarzado en un cristal rosado, lo que parecía ser una botella brillaba con unos colores cambiantes al calor de la mano.

Cuando Hammett entró desde una de las habitaciones adyacentes, Eve llegó a la conclusión de que él era tan efectista como su entorno.

Se le veía pálido y mostraba una mirada severa, pero eso sólo aumentaba su atractivo. Era un hombre alto, esbelto y elegante. El rostro presentaba unas mejillas hundidas que le daban un aire nostálgico. A diferencia de la mayoría de personas de su edad —Eve sabía que debía estar por los se-

senta— había optado por dejar que el pelo se le agrisara de forma natural. Eve pensó que había sido una excelente decisión, puesto que su melena era de un plateado tan brillante como los candelabros georgianos de Roarke.

Tenía los ojos del mismo, y sorprendente, color, aunque en esos momentos se veían apagados por lo que debía de ser pesadumbre o cansancio. Atravesó la habitación en dirección a ella y tomó su mano con las suyas.

—Eve. —Le rozó la mejilla con los labios y ella retrocedió—. Te agradezco la visita.

Estaba convirtiendo el encuentro en algo personal. Eve pensó que ambos lo sabían.

—George —empezó, en un intento de desviarlo de forma sutil—. Te agradezco que me dediques tu tiempo.

—Tonterías. Siento mucho haberte hecho esperar. Tenía que terminar con una llamada. —Hizo un gesto en dirección al sofá y las mangas de la camisa temblaron con el movimiento. Eve se resignó a sentarse en él—. ¿Puedo ofrecerte algo?

—Realmente, no.

—Café. —Sonrió un poco—. Recuerdo que te gusta mucho. Tengo un poco de la mezcla de Roarke. —Apretó un botón en el brazo del sofá y una pequeña pantalla emergió de él—. Una jarra de dorado argentino —pidió—, dos tazas. Luego, sin abandonar esa ligera y sobria sonrisa, se volvió hacia ella—. Me ayudará a relajarme —explicó—. No me sorprende encontrarte aquí esta mañana, Eve. O quizá debería llamarte teniendo Dallas, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Entonces, comprendes por qué estoy aquí.

—Por supuesto. Cicely. No consigo hacerme a la idea. —La voz aterciopelada le tembló un poco—. Lo he escuchado innumerables veces en las noticias. He hablado con sus hijos y con Marco. Pero parece que no puedo aceptar el hecho de que se ha ido.

—La viste la noche en que la mataron.

Le tembló un poco la mejilla.

—Sí. Cenamos. Lo hacíamos a menudo cuando nuestras agendas lo permitían. Una vez a la semana por lo menos. Más veces, si podíamos arreglarlo. Estábamos muy cerca.

Hizo una pausa mientras el robot de servicio se deslizaba en la habitación con el café. Hammett lo sirvió personalmente, concentrado casi con fiereza en la pequeña tarea.

—¿Cómo de cerca? —murmuró, y, cuando le acercó la taza, Eve se dio cuenta de que su pulso no era tranquilo—. Éramos íntimos. Éramos amantes, amantes exclusivos, durante varios años. Yo la quería mucho.

—Pero manteníais residencias separadas.

—Sí, ella... ambos lo preferíamos así. Nuestros gustos, a nivel estético, eran muy distintos, y la verdad llana es que a ambos nos gustaba nuestra independencia y nuestro espacio personal. Disfrutábamos más el uno del otro si manteníamos cierta distancia. —Inhaló con fuerza—. Pero no era ningún secreto que teníamos una relación, por lo menos no lo era para nuestra familia y amigos. —Soltó el aire—. En público, ambos preferíamos mantener nuestra vida privada en la intimidad. No creo que eso sea posible a partir de ahora.

—Lo dudo.

Él meneó la cabeza.

—No importa. Lo importante es descubrir quién le hizo eso. Parece que no puedo superarlo. Nada podrá cambiar el hecho de que se haya ido. Cicely era —lo dijo despacio— la mujer más admirable que he conocido nunca.

Su instinto, tanto de mujer como de policía, le decía que éste era un hombre que pasaba por un profundo duelo, pero también sabía que incluso los asesinos lloran a sus muertos.

—Necesito que me digas a qué hora la viste por última vez. George, lo estoy grabando todo.

—Sí, por supuesto. Era sobre las diez. Cenamos en Robert's, en la Doce Este. Luego compartimos un taxi. Yo la dejé

primero. Sobre las diez —repitió—. Sé que llegué a casa al cabo de un cuarto de hora porque tenía varios mensajes esperando.

—¿Era ésa vuestra rutina habitual?

—¿Qué? Ah. —Volvió en sí desde algún remoto pensamiento—. En realidad no teníamos ninguna. Muchas veces volvíamos aquí, o íbamos a su apartamento. De vez en cuando, si nos sentíamos con ganas de alguna aventura, alquilábamos una suite en el Palace para una noche. —Se derrumbó. Su mirada apareció inexpresiva y desolada—. Oh, Dios. Dios mío.

—Lo siento. —Inútil, lo sabía, ante el dolor—. Lo siento mucho.

—Estoy empezando a creerlo —dijo en tono grave—. Me doy cuenta de que es peor cuando empiezas a creerlo. Se estaba riendo cuando salió del taxi y me mandó un beso con la mano. Tenía unas manos tan bonitas. Y yo me fui a casa y me olvidé de ella porque tenía unos mensajes esperando. A medianoche estaba en la cama. Me había tomado un ligero tranquilizante porque tenía una reunión a primera hora de la mañana. Mientras yo estaba en la cama, seguro, ella estaba muerta bajo la lluvia. No sé si soy capaz de soportarlo. —Se dio la vuelta. Su rostro pálido había perdido todo color—. No sé si voy a ser capaz de soportarlo.

Ella no podía ayudarle. Aunque su dolor era tan tangible que Eve podía sentirlo, no podía hacer nada por él.

—Desearía poder hacer esto más tarde, darte un poco de tiempo. Pero no puedo. Por lo que sé, tú eres la última persona que la vio con vida.

—Excepto el asesino. —Se levantó—. A no ser, por supuesto, que la matara yo.

—Sería mejor para todos si pudiera despejar esto rápidamente.

—Sí, por supuesto, lo sería... teniente.

Eve aceptó el tono amargo de su voz y realizó su trabajo.

—Si fueras tan amable de darme el nombre de la com-

pañía de taxis para que pudiera verificar tus movimientos.

—El restaurante lo llamó, creo que era un Rapid.

—¿Viste o hablaste con alguien entre medianoche y las dos de la madrugada?

—Ya te lo he dicho, me tomé una pastilla y estaba en cama a medianoche. Solo.

Eve podría verificarlo con los discos ópticos de seguridad del edificio, aunque sabía que esas cosas podían manipularse.

—¿Puedes decirme de qué humor estaba ella cuando la dejaste?

—Estaba un tanto distraída por un caso que estaba llevando. Se sentía optimista al respecto. Hablamos un poco de sus hijos, de su hija en particular. Mirina va a casarse el otoño próximo. Cicely estaba contenta con la idea, y se sentía excitada porque Mirina quería una boda clásica.

—¿Mencionó algo que la estuviera preocupando? ¿Algo o alguien por lo que sintiera preocupación?

—Nada que tenga relación con esto. El vestido de boda adecuado, las flores. Tenía la esperanza de conseguir la pena máxima en ese caso.

—¿Mencionó alguna amenaza, alguna transmisión inusual, mensajes, contactos?

—No. —Se llevó la mano a los ojos un instante y luego la dejó caer a un lado—. ¿No crees que te lo habría dicho si tuviera el más mínimo indicio de por qué esto ha podido pasar?

—¿Por qué habría podido ir al Upper West Side a esa hora de la noche?

—No tengo ni idea.

—¿Tenía costumbre de encontrarse con soplones, con informadores?

Él abrió la boca pero volvió a cerrarla.

—No lo sé —murmuró, sorprendido por la idea—. No hubiera pensado... pero era tan terca, tan segura de sí misma.

—La relación con su anterior marido. ¿Cómo la describirías?

—Amistosa. Un tanto distante, pero amistosa. Ambos estaban muy pendientes de sus hijos y eso les unía. Él se mostró un tanto molesto cuando empezamos nuestra relación, pero... —Hammett se interrumpió y miró a Eve—. No es posible que pienses... —Se cubrió la mano y soltó una carcajada—. ¿Marco Angelini, merodeando por ese vecindario con un cuchillo en la mano para matar a su ex? No, teniente. —Bajó las manos de nuevo—. Marco tiene sus defectos, pero nunca le haría daño a Cicely. Y la sangre ofendería su sentido de la decencia. Es demasiado frío, demasiado conservador para recurrir a la violencia. Y no tiene ningún motivo, ningún motivo posible para desearle ningún daño.

Eso, pensó Eve, tenía que decidirlo ella.

Al abandonar el apartamento de Hammett para dirigirse a West End, Eve pasó de un mundo a otro. Aquí no iba a encontrar ni cojines plateados, ni cascadas tintineantes. En lugar de eso, las aceras estaban rotas, ignoradas por las últimas campañas políticas para rehabilitar la ciudad, edificios cubiertos de grafitos que invitaban a los mirones a joder a todo tipo de hombres y bestias. Las fachadas de los comercios estaban cubiertas por rejas de seguridad, que eran mucho más baratas y menos efectivas que los campos de fuerza que se utilizaban en las zonas más esnobs.

No le hubiera sorprendido si hubiera visto algunas ratas descuidadas por los androides gatunos que merodeaban por los callejones.

Pero de ratas de dos patas, vio a muchas. Un traficante le sonrió abiertamente mientras se frotaba la entrepierna con orgullo. Un vendedor ambulante detectó rápidamente que era una policía, escondió la cabeza debajo de la mata de plu-

mas que lucía sobre el pelo de color magenta y se escabulló hacia terrenos más seguros.

Todavía existía una pequeña lista de drogas ilegales. Y todavía algunos policías se tomaban la molestia de prestar atención al tema.

En ese momento, Eve no era uno de ellos. A no ser que apretar un poco pudiera ayudarla a obtener respuestas.

La lluvia había borrado la mayor parte de la sangre. Los examinadores forenses del departamento habían retirado todo lo que pudiera ofrecer alguna prueba de la zona. A pesar de eso, Eve se quedó un momento en el lugar donde Towers había muerto, y no tuvo ningún problema en visionar la escena.

Ahora necesitaba ir hacia atrás. «¿Se había quedado allí —pensó Eve—, de cara al asesino? Lo más probable. ¿Vio el cuchillo antes de que le cortara el cuello? Posiblemente. Pero no lo suficientemente rápido para reaccionar con otra cosa que no fuera un gesto desmañado, una exclamación.»

Levantó la mirada y observó la calle. Se le puso la piel de gallina, pero no hizo caso de las miradas que le dirigían desde los edificios adyacentes o los coches de las inmediaciones.

Cicely Towers había ido a ese barrio. No en taxi. Hasta el momento, no existía ningún registro de una recogida ni de una salida en ninguna de las empresas oficiales. Eve dudaba que Cicely hubiera sido tan imprudente de subir a un gitano.

«El metro», dedujo. Era rápido y, con las cámaras y los androides policías, era más seguro que una iglesia, por lo menos hasta que uno subía a la calle. Eve vio la entrada del metro a menos de medio edificio de distancia.

«El metro —decidió—. ¿Quizá tenía prisa? Molesta por haber sido arrastrada hasta aquí en una noche lluviosa. Segura de sí misma, como había dicho Hammett. No habría tenido miedo.

»Subió las escaleras hasta la calle con su elegante vestido y sus zapatos caros. Ella...»

Eve entrecerró los ojos. «¿Sin paraguas? ¿Dónde estaba el maldito paraguas? Una mujer meticulosa, práctica y organizada no salía bajo la lluvia sin ninguna protección.»

Rápidamente, Eve sacó la grabadora y dejó una nota audiotiva para averiguarlo más tarde.

«¿La esperaba el asesino en la calle? ¿En una habitación? —Observó los deteriorados ladrillos de los edificios no rehabilitados—. ¿En un bar? ¿En uno de los clubes?»

—Eh, blanquita.

Con el ceño fruncido, Eve se dio la vuelta ante la interrupción. El hombre era alto como una torre y, por su aspecto, completamente negro. Lucía, al igual que muchos en esa parte de la ciudad, unas plumas en el pelo. Tenía un tatuaje en la mejilla de un vívido color verde con la forma de un cráneo humano. Llevaba un chaleco rojo desabrochado y unos pantalones a juego suficientemente apretados para mostrar el bulto del paquete.

—Eh, negrito —dijo Eve en el mismo despreocupado e insultante tono.

Él le dirigió una amplia sonrisa desde ese rostro increíblemente feo.

—¿Estás buscando acción? —Hizo un gesto con la cabeza hacia un signo de un club de desnudo del otro lado de la calle—. Estás un poco flaca, pero te compran. No hay muchas blancas como tú. La mayoría están mezcladas. —Le tocó la barbilla con unos dedos grandes como vainas—. Yo seré tu gorila, diré una palabra en tu favor.

—Bueno, ¿y por qué harías una cosa así?

—Por bondad de corazón y por el cinco por ciento de la propina, preciosa. Una chica blanca y esbelta como tú puede sacar mucho meneando sus cosas.

—Te agradezco el interés, pero ya tengo un trabajo.

Casi apenada, le enseñó la placa. Él soltó un silbido entre los dientes.

—¿Cómo es que no lo he visto? Blanquita, no hueles a poli.

—Debe de ser el nuevo jabón que uso. ¿Tienes un nombre?

—Me llaman Crack. Es el ruido que hacen las cabezas que rompo. —Volvió a sonreír mientras lo ilustraba con ambas manos—. ¡Crack! ¿Lo pillas?

—Voy pillando. ¿Estabas ahí en la puerta anteayer por la noche, Crack?

—Bueno, lamento tener que decir que tenía otro compromiso, y que me perdí toda la emoción. Era mi noche libre y la pasé poniéndome al día de los eventos culturales.

—¿Y esos eventos eran?

—El festival de cine de vampiros de Grammercy, con mi actual joven pieza. Me encanta ver a los chupasangres. Pero he oído que tuvimos a uno justo aquí. Conseguimos a una abogada muerta. Importante y conocida, además. Una blanquita, ¿no? Como tú, bonita.

—Exacto. ¿Qué más has oído?

—¿Yo? —Deslizó un dedo a lo largo del chaleco. La uña acababa en una punta asesina y estaba pintada de negro—. Tengo demasiada dignidad para escuchar los chismes de la calle.

—Seguro. —Conociendo las reglas, Eve sacó un billete de cien del bolsillo—. ¿Y si te compro un poco de tu dignidad?

—Bueno, el precio no está mal. —La enorme mano envolvió el billete y lo hizo desaparecer—. He oído que estuvo un rato en el Five Moons hacia la medianoche, como si estuviera esperando a alguien, a alguien que no apareció. Luego, lo dejó.

Miró hacia el suelo.

—No fue muy lejos, ¿no?

—No, no fue muy lejos. ¿Preguntó por alguien?

—No, eso es lo que he oído.

—¿Alguien la vio con alguien?

—Una mala noche. La gente estuvo alejada de la calle. Quizá algunos traficantes se pasearan un poco, pero el negocio iba a ser lento.

—¿Conoces a alguien de por aquí a quien le gusten los cortes?

—Muchos llevan filos y navajas, blanquita. —Levantó los ojos al cielo, divertido—. ¿Por qué ibas a llevar uno si no pensabas usarlo?

—Alguien a quien simplemente le gusten los cortes —repetió—. Alguien que no se preocupe por batir ninguna marca.

Él volvió a sonreír. El cráneo de la mejilla pareció asentir.

—Todo el mundo quiere batir alguna marca. ¿Es que tú no? Eve aceptó ese comentario.

—¿A quién conoces de por aquí que acabe de salir de prisión?

Su risa explotó como un fuego de mortero.

—Sería mejor que preguntaras si conozco a alguien que no acabe de salir. Y se te ha acabado el dinero.

—De acuerdo. —Eve sacó una tarjeta en lugar de un billete—. Quizá haya más si oyes algo que me sea útil.

—Lo tendré en mente. Si decides que quieres hacer un extra meneando tus pequeñas tetas blancas, házselo saber a Crack. —Inmediatamente se alejó a pasos largos hacia el otro lado de la calle, con la sorprendente elegancia de una enorme gacela negra.

Eve se dio la vuelta y se dirigió a probar suerte en el Five Moons.

Ese lugar debía de haber visto días mejores, pero lo dudaba. Era estrictamente un establecimiento de bebidas: ni bailarines, ni pantallas, ni cabinas de vídeo. La clientela que acudía al Five Moons no iba allí para socializar. Por el olor que la abofeteó al entrar por la puerta, se dio cuenta de que allí lo que estaba al día era destrozarse el estómago.

Incluso a esa hora, la pequeña habitación cuadrada estaba bastante llena. Algunos silenciosos bebedores se limitaban a tragar las pociones apoyados contra unas pegajosas columnas, mientras que otros se arremolinaban alrededor del

bar, más cerca de las botellas. Eve detectó unas cuantas miradas mientras atravesaba el suelo pegajoso, pero pronto la gente volvió a su más seria labor.

El camarero era un androide, al igual que lo eran la mayoría, pero Eve dudaba que éste hubiera sido programado para escuchar alegremente las tristes historias de los clientes. Más probable que fuera un rompe brazos, pensó mientras lo observaba al acercarse discretamente a la barra. Los fabricantes le habían dado los ojos rasgados y el tono dorado de piel propios de una raza mezclada. A diferencia de la mayoría de los bebedores, el androide no llevaba ni plumas ni collares, sino un sencillo delantal sobre un cuerpo de luchador.

Los androides no podían ser sobornados, pensó un tanto desilusionada. Y las amenazas tenían que ser inteligentes y lógicas.

—¿Algo para beber? —le preguntó el androide. Su voz tenía un timbre agudo que delataba una falta de mantenimiento.

—No. —Eve quería mantener la salud. Le enseñó la placa y algunos de los clientes se apartaron a los extremos de la barra—. Hubo un asesinato hace dos noches.

—No aquí.

—Pero la víctima sí estuvo aquí.

—Estaba viva, entonces. —A alguna señal que Eve no detectó, el androide tomó un vaso manchado de uno de los bebedores, lo llenó con algún nocivo líquido y lo devolvió.

—Estabas de servicio.

—Soy un 24-7 —le dijo él, lo cual significaba que estaba programado para operar continuamente sin descanso ni períodos de recarga.

—¿Habías visto a la víctima con anterioridad, aquí o por la zona?

—No.

—¿Con quién se encontró aquí?

—Con nadie.

Eve repiqueteó la gris superficie de la barra con los dedos.

—De acuerdo, vamos a hacer que esto sea sencillo. Dime a qué hora llegó, qué hizo, cuándo se fue y cómo se fue.

—No es mi función mantener a mis clientes bajo vigilancia.

—De acuerdo. —Eve frotó lentamente un dedo contra la barra. Cuando lo levantó, frunció los labios al ver la mancha de porquería en la yema—. Soy de Homicidios, pero no es mi función pasar por alto violaciones de salud. Sabes, creo que si llamo a los inspectores y hacen un registro, se sorprenderían. Tanto que retirarían la licencia de alcohol.

Como amenaza, no le pareció especialmente inteligente, pero era lógica.

El androide se tomó unos momentos para pensar en las probabilidades.

—La mujer llegó a las 00:16 de la noche. No bebió. Se marchó a la 01:12. Sola.

—¿Habló con alguien?

—No dijo nada.

—¿Buscaba a alguien?

—No se lo pregunté.

Eve arqueó una ceja.

—La observaste. ¿Parecía que estuviera buscando a alguien?

—Lo parecía. Pero no se encontró con nadie.

—Pero se quedó casi una hora. ¿Qué hizo?

—Estuvo de pie, miró, frunció el ceño. Consultó el reloj varias veces.

—¿La siguió alguien afuera?

—No.

Sin darse cuenta, Eve se frotó el dedo manchado contra los tejanos.

—¿Llevaba un paraguas?

El androide pareció tan sorprendido por la pregunta como un androide es capaz de mostrar sorpresa.

—Sí, uno de color púrpura, del mismo color que su traje chaqueta.

—¿Cuando salió lo llevaba?

—Sí, estaba lloviendo.

Eve asintió con la cabeza y luego continuó haciendo preguntas a algunos de los infelices clientes del bar.

Lo único que quería cuando llegó a la central de policía era una larga ducha. Una hora en el Five Moons la había dejado con una capa de porquería impregnada por toda la piel. Incluso en los dientes, pensó mientras se pasaba la lengua por encima de ellos.

Pero el informe estaba antes. Entró en su oficina y se detuvo en seco. Observó al hombre de pelo hirsuto que se encontraba sentado en su escritorio y que no dejaba de comer nueces de una bolsa.

—Buen trabajo, si uno puede conseguirlo.

Feeney cruzó las piernas encima del escritorio.

—Me alegro de verte, Dallas. Eres una mujer muy ocupada.

—Algunos policías como yo realmente trabajamos para ganarnos la vida. Otros se limitan a jugar con los ordenadores todo el día.

—Deberías haber hecho caso de mis consejos y mejorar tus habilidades informáticas.

Con un gesto más de afecto que de enojo, Eve le apartó los pies de la mesa y dejó caer su trasero en el espacio libre.

—¿Pasabas por aquí?

—He venido a ofrecerte mis servicios, vieja amiga. —Con gesto generoso, le aproximó la bolsa de nueces.

Ella le observó mientras masticaba. Tenía cara de pocos

amigos y nunca se preocupó de cambiarla. Ojos abultados, inicio de papada, unas orejas ligeramente demasiado grandes en proporción a la cabeza. A ella le gustaba tal como era.

—¿Por qué?

—Bueno, tengo tres razones. Primera, el comandante me ha hecho una petición extraoficial. Segunda, tenía una gran admiración por la fiscal.

—¿Whitney te llamó?

—Extraoficialmente —volvió a explicar Feeney—. Pensó que si tenías a alguien al lado con mis excelentes habilidades que estudiara la información contigo, acabaríamos antes el trabajo. Nunca está de más tener acceso directo a la División de Detección Electrónica.

Eve lo pensó un poco. Sabía que la habilidad de Feeney era sobresaliente, así que estuvo de acuerdo.

—¿Vas a incorporarte al caso de forma oficial o extraoficial?

—Eso es cosa tuya.

—Entonces vamos a hacerlo de forma oficial, Feeney. Él sonrió y le guiñó un ojo.

—Imaginaba que dirías eso.

—Lo primero que necesito que hagas es que examines el TeleLink de la víctima. No existe constancia ni en el registro ni en las cintas de seguridad de que tuviera una visita la noche en que fue asesinada. Así que alguien la llamó y la citó.

—Hecho.

—Y necesito que examines a todos los que encerró...

—¿A todos? —la interrumpió Feeney, un tanto abatido.

—A todos. —Se le iluminó el rostro con una sonrisa—. Supongo que tú puedes hacerlo en la mitad de tiempo que yo. También necesito a los parientes, a la gente a quién quería, a los socios. Además de los casos pendientes.

—Jesús, Dallas. —Pero levantó los hombros y flexionó

los dedos de las manos como un pianista a punto de iniciar un concierto—. Mi mujer va a echarme de menos.

—Estar casada con un poli es una mierda —dijo Eve mientras le daba unos golpecitos en el hombro.

—¿Es eso lo que dice Roarke?

Ella bajó la mano.

—No estamos casados.

Feeney se limitó a emitir un sonido de garganta. Le gustaba ver cómo Eve fruncía el ceño y se irritaba.

—Bueno, ¿y cómo le va?

—Bien. Está en Australia. —Introdujo las manos en los bolsillos—. Está bien.

—Ajá. Os vi a los dos en las noticias hace unas cuantas semanas. En un acto social en el Palace. Estás verdaderamente guapa con un vestido, Dallas.

Eve se sintió incómoda y se encogió de hombros.

—No sabía que te tragaras los programas de chismorreos.

—Me encantan —respondió él, descarado—. Debe de ser interesante llevar esa vida de clase alta.

—Tiene momentos de todo —dijo Eve—. ¿Vamos a continuar hablando de mi vida social, Feeney, o vamos a investigar el asesinato?

—Tendremos que buscar tiempo para ambas cosas. —Se levantó y se desperezó—. Voy a examinar el TeleLink antes de empezar con los criminales a los que metió en prisión. Estamos en contacto.

—Feeney.

Él, llegó a la puerta, se detuvo y se dio la vuelta. Eve le dio la cabeza.

—Dijiste que tenías tres razones. Sólo me has dicho dos.

—La tercera, te echaba de menos, Dallas. —Sonrió—. Te echaba jodidamente de menos.

Eve todavía sonreía cuando se sentó para empezar a trabajar. También le echaba jodidamente de menos a él.